



## POR ABAJO

—♦—

¿CÓMO se traduce en castellano el verbo francés *flâner*? Lo ignoro, palabra de académico; pero traduciendo ese verbo en la mínima dosis de actividad corporal que me permiten mis copiosos kilogramos de peso, fué como pasé algunas horas deliciosas en Nueva York, desesperando á mi *cicerone* que se levantaba á las doce en punto y que pretendía atrapar las cuatro horas perdidas de la mañana, en el tiempo que empleaba un sibarítico puro veracruzano en convertirse en espirales de humo.

Vaguear caprichosamente con la seguridad de no ser cazado por el pensamiento interior, como una mosca por una araña; vaguear con la certeza de la perpetua distracción para los ojos, con la certeza de objetivar siempre, de no caer en poder de lo subjetivo, el insaciable verdugo del placer y la esperanza; vaguear basculado por la gente, afianzándose de los cristales de los escaparates (un yucateco, según me dicen, es capaz de afianzarse de un cristal, y por eso no borro el disparate), mirando al interior de las casas, husmeando en los almacenes, anclando en las tiendas, embobándose delante de los edificios, seguidos con

los ojos de piso en piso, con peligro de una entorsis del cuello, hasta las balaustradas ó las buhardillas que los rematan, y recortan, encima de cada calle ó avenida, una cinta estrecha de cielo entintado de gris húmedo por el Otoño, ¡qué olímpico placer! ¿Quién ha dicho que *el tiempo es oro*? Todo el pueblo yankee, me replica mi compañero; este apotegma, *time's money*, corre las calles de Nueva York, de Chicago, de Fil. . . . —Pues es una mentira del tamaño de esa masa colosal que tenemos enfrente, donde tres ó seis pisos, ornamentados en el estilo del Renacimiento, se encaraman sobre cuatro ó cinco románicos que aplastan una planta baja con hondísimas puertas, chatas y oscuras, vagamente bizantinas: de este tamaño, sí. En primer lugar no es oro el tiempo, ¡ojalá! todos seríamos ricos, lo que equivale á decir que todos seríamos pobres, y en quinto lugar, todo tiempo que no se emplea en proporcionarse un gran placer para el espíritu, á través de los sentidos ó no, es cobre; todo montón de oro que no se gasta en eso, es cobre, se cambia por centavos. . . .

Una llovizna fría nos hacía marchar, en perenne ráfaga de agua pulverizada por el Norte; así pasamos por el parque Bryant. ¡Ah! cómo me acuerdo de este patriarca de la poesía anglo-americana, tan popular aquí, en otro tiempo, como el divino Longfellow, cuya *Evangelina* ha traducido Joaquín Casasús con admirable intuición poética á veces. ¡Bryant! Muy presente lo tengo, con su tez de mujer de veinte años, á los setenta, su gran nariz bondadosa, su barba inmensa que parecía hecha con hebras de luna, sus ojillos de llama azulosa, dulcemente irónicos. . . . Recuerdo su lento y *accidentado* castellano, su cariño por todo lo nuestro y su adoración, es la palabra, por Guillermo Prieto, este homérica casi desconocido por la generación de hoy y destinado á una resurrección espléndida. . . . ¡Bryant! y recordaba algunos versos suyos, elegantemente vertidos por el Sr. Mariscal: *Thanatopsis*, *el Ave Acuátil*.

De *el Ave Acuátil* son estas estrofas aladas. . . .

¿A dónde entre esos húmedos celajes,  
perdida vas en el confin del cielo?  
¿A dó se tiende al espirar el día,  
tu solitario vuelo?

.....  
La mano amiga que de zona en zona  
por el desierto azul tus alas guía,  
guiará mi paso en el revuelto mundo  
hasta la tumba fría!

\*

Es una sorpresa, en medio de estas ciclópicas arquitecturas, en que las proporciones se ahogan en las dimensiones, la casa del *Herald*. Empieza, naturalmente, debajo de la calle, pero muy abajo, y surge á la luz, pasa sobre los inmensos cristales que almacenan en sus entrañas un poco de la claridad exterior y se eleva apenas á la altura de los primeros pisos de los edificios circunstantes, con un aire elegante y artístico de palacio italiano: columnas esbeltas y arcos de fáciles curvas, tales como los erigían en Toscana ó Lombardía los incomparables maestros del *cuatrocento*. En la amplia acera, recargado en un apoyo metálico, puede ver el transeunte el tiro del gigantesco diario y desarrollarse en torno de los formidables tambores de acero la tira kilométrica, cortada en fragmentos infinitos que pone en comunión, al través del espíritu, embebido en tinta, de un grupo de periodistas, anónimo y casi irresponsable, el alma de una ciudad y el alma de un mundo. Solo el poder de la Iglesia en la Edad Media ó el del Consejo del Príncipe en el Alto Imperio, pueden dar idea de este poder que todo lo comprime y todo lo difunde, confuso, difuso é ilimitado por ende, de que es un órgano magnífico este *New-York Herald*. El *periódico* matador del libro (el matador de *Notre Dame*) que va haciendo de la literatura un reportazgo, que convierte á la poesía en el análisis químico de la orina de un poeta, que reemplaza *las noches* de Musset con un detalle secreto de la alcoba de Jorge Sand, que ha hecho de la elocuencia un telegrama; que disuelve y homeopatiza todo sentimiento, toda pasión, todo arranque, tras-

mutándolos en glóbulos de sensaciones; que ha dado al valor el aspecto de una empresa teatral y á la guerra el de una corrida de toros; que ha sentado á la humanidad entera en un circo romano desmedido, desde donde se ven pelear y morir, al reñidor en la puerta de la taberna, al duelista junto á la tapia del cementerio, á la horda africana que busca con el hocico morrudo la yugular tronchada del enemigo para beber su sangre á grandes tragos voluptuosos, al español, amarillo de fiebre, que espía en la *manigua* el reflejo del machete, y mata y mata, para salir del infierno cubano por la escala de la muerte; el periódico . . . . . ¿Pero adónde voy á parar con este arranque de pesimismo? No sé; lo engendra en mí un sentimiento angustioso de inquietud, de horror, ante una fuerza que crece y lo llena todo y cuyo neutralizador ni conozco ni adivino. Se me figura que un mundo va á ser esclavo de otro, en el siglo futuro, y aquí veo al amo en pañales de papel. Se me figura que hacer de la precocidad, de la curiosidad, del furor de sensaciones, del diletantismo infinito, las supremas necesidades de la vida; que reemplazar el alimento con el excitante perpetuo; que reducir todo vicio, toda virtud, toda ciencia, toda creencia, todo ideal, todo arte á anuncios, es un mal de muerte, y los millares de millones de caracteres impresos en este papel sin fin, me parecen microbios, los bacilos y los esporos de la civilización.

En la azotea del *Herald* hay, sobre la puerta principal, un par de hércules, el Tiempo y el Trabajo quizás, figurones soberbios de bronce negro que aplastan al edificio volviéndolo pedestal; en las almenas sendas lechuzas, cuyos ojos se iluminan con luz eléctrica de noche. ¡Muy ingenioso, muy interesante, muy feo!

La lluvia, que empapa las baldosas de la acera, impide andar, por miedo de los resbalones, á todo aquel que no esté provisto de un sobrecalzado de cautchuc. En busca de este artículo indispensable entramos en un almacén de calzado, porque no me atrevo á llamar zapatería á esta especie de basílica con sus naves, sus departamentos de hombres y de mujeres, sus oficinantes

ó dependientes en perpetua genuflexión ante los marchantes que, repantigados en muelles banquetas, les entregan sus articuladas bases (anchas, enormes las de ellos, como de elefantes adolescentes, y largas y romboidales las de ellas) para que las hagan caber en uno de los centenares de pares de zapatos de todas las formas, dimensiones, pieles y barnices, que pronto quedan amontonados en pirámide gigantesca al lado del cliente. Dos cosas, vaya tres, me llamaron la atención: la cantidad de zapatos de piel amarilla que aquí se consume; todo el mundo los usa durante el día, y sólo los reemplaza con el *zapato de charol* para la comida, el teatro ó la tertulia; costumbre excelente que irá acabando con el odioso reinado del betún, y la cantidad de zapatos viejos que en estos emporios del calzado se renueva.

Por una canal vertical veíamos subir á los pisos altos un verdadero río (¿suben los ríos?) de ejemplares, llenos de deformidades teratológicas, de arrugas épicas, de leprosidades inverosímiles denuncios; de fatigas crueles, de carreras incesantes, de inmersiones odiosas, de frotamientos con todas las piedras, con todos los clavos, con todas las miserias, y nuestra repugnancia era vencida por nuestra curiosidad. Creíamos ver en aquellos zapatos la huella, el molde, el hieroglifo, el símbolo de la actividad de este pueblo que todo lo deforma, lo gasta, lo contrae . . . y lo renueva, agregaba yo para mis adentros, viendo otro río de zapatos compuestos, brillantes, nuevos, que bajaban en sendas cajas de papel satinado, distribuídas en el acto á cien repartidores. Con razón el americano, en cuanto puede, apoya la cabeza en cualquier respaldo y lanza á la mayor altura posible (generalmente á la cabeza del vecino) sus dos pies gigantescos; son su emblema, los enarbola como un estandarte, los muestra como un escudo; son su orgullo y su fundamento; como los pies son tan sólidos, el movimiento ha sido tan continuado; esos pies fuertes quieren decir progreso, dicen *go a head*.—La tercera cosa que llamó nuestra atención es el ejército de muchachas que hay en cada uno de estos almacenes: al margen del trabajo que requiere fuerza muscular y esfuerzo prolongado, el ameri-

cano ha dejado á la americana (irlandesa, alemana, canadense, etc.) un espacio en que va creciendo todos los días; el margen devora ya la página.

\*

Si yo fuera el Califa de Bagdad, tendría en medio de un zafiro líquido, sobre una roca del color de rosa de las perlas color de rosa, una cabaña con su sombrero de paja dorada, al lado de la cual descollase esbelta y sonora, una sola palma, cuya compañera de amor se irguiese en la lejana orilla del estanque; me gustaría ver el reflejo de mi palma en la diafanidad del abismo azul del agua, de improviso plegada como un velo de seda por las procesiones rítmicas de los cisnes eucarísticos de Rubén Darío, el poeta que ha encontrado en el fondo de la gruta de fierro y oro del idioma español, no sé qué música abscondita é inefable, como el goteo de cristal de una fuente misteriosa. Habría un sol en mi cielo, eso sí; pero le pondría un *abat-jour* del color verde-nilo de la sonrisa de la momia que fué novia de Teófilo; habría nubes en mi cielo, un cielo sin nubes es un dormir sin sueños, y en esas nubes releería yo, reducidos á realidades espectrales, todos los versos de todos los poetas, todas las visiones de todos los inspirados, y el aire filtraría en mi alma, al través de mis tímpanos, todas las notas sonoras de las liras, los ritmos de todas las arpas, los plañidos de todas las flautas, desde la de Pan hasta la de Verlaine.—Habría una luna en mi cielo, la dejaría yo con su color de oro nocturno, afeminado y azul, la dejaría nadar en el estanque etéreo, siguiendo la punta de la varilla de marfil de mis ensueños . . . . ¿Y la lámpara del hogar? Esa, con su corona de cabezas rubias, quedaría encendida, con mi vida por aceite, en el fondo de mi corazón.

Todas las mañanas bajaría yo mi escalera de marmol blanco, tallada en las estrofas de Leconte de Lisle; pasearía mis miradas de esmalte, con la hierática majestad de un mito, por el horizonte, de día entenebrecido y de noche iluminado por la formidable montaña Hugo, en erupción perenne; en seguida me embar-

caría en la trirreme de ébano incrustada de plata de la reina Cleopatra, y en la orilla opuesta amarraría la galera á un muelle, y saltaría en tierra y entraría en una casa de aspecto un poco sombrío y ferruginoso, y esta casa resultaría un palacio de cristales, mármoles, bronces y pedrería, sobre cuyas ventanas y vitrinas se leería este letrero: «*Tiffani*».

Invito á ustedes á pasar por entre estos interminables *muestrarios* horizontales, debajo de cuyos combos cristales se aglomeran, en confusión estudiada, todas las baratijas posibles, desde la sombrilla de puño de oro esmaltado y el libro de misa ideal y los gemelos de teatro, hechos para las manos de las hijas de los Vanderbilt y los Gould, hasta las joyas, más ó menos artísticas y ricas, que abren sus ojos de diamantes en el fondo de su doble valva de seda y peluche acariciadora. Aquí no está el arte; es decir, es un arte delicioso aunque apacotillado, vulgarizado, el único que está al alcance de un poeta, pero en el que no puede parar mientes un Califa de Bagdad. Aquí, en esta otra sala, hay objetos de arte verdadero: vajillas viejas de plata, estatuillas de oro, admirablemente forjadas, reliquias ricas de grandes hombres, de Jorge Washington, sobre todo; están los espléndidos vasos de porcelana y cristal que valieron á esta casa las primeras medallas de la última exposición de París; enormes flores caprichosas en que parece circular una densa savia de vida y de color.—Un espectáculo sugestivo: en grandes tazas de cristal montones de diamantes, de rubíes, de esmeraldas, de zafiros, qué sé yo; de esos fragmentos de materias transparentes que caen, como lluvias de estrellas *filantes*, en los ensueños de las mujeres, y que Eva vió lucir por vez primera en los ojos de la serpiente del Paraíso. Es una voluptuosidad muy distinguida esta de coger un puñado de diamantes rojos que representa una fortuna, y dejarlos caer por entre los dedos en gotas de luz de aurora, y verlos apagarse en un pequeño lago hirviente con relampagueos de sangre y reflejos de sonrisa de mujer joven. ¡Y como quisiera uno llevárselo todo, nada se lleva!

Tome usted el elevador, una jaula de oro y seda; descúbrase